

netaria caótica y la restricción del comercio internacional. Frente a este cuadro de males y problemas, los firmantes británicos de la carta-manifiesto escriben: «Nosotros nos preguntamos si no es el origen de los desórdenes mundiales el desconocimiento del hecho de que todos los problemas de producción, distribución y consumo, de trabajo y de paro, de compra y de venta, de beneficios y de pérdidas, deben ser, en fin de cuentas, gobernados por la ley fundamental de la oferta y la demanda. Sólo esta ley puede reglamentar, al fin, los límites de la producción, las necesidades de los consumidores, los niveles de los precios, las condiciones que permiten a los comerciantes ejercer su comercio con éxito y a los obreros trabajar con normalidad. Sólo hombres formados en la práctica de los negocios, en el cultivo y distribución de los productos de la tierra y en las infinitas ramificaciones que implican estos procedimientos podrán ajustarse como conviene a condiciones que cambian incesantemente, y lo harán mucho mejor que pudiera hacerlo ningún Gobierno.»

A la vista de todos se halla que cuantas más tentativas intervencionistas llevan a cabo los Estados para intervenir en la producción, los cambios y el consumo, tanto más agravan la situación económica. Se empezó en el interior con tasas y limitaciones de cultivos, y en el exterior, con barreras aduaneras; han seguido después dificultades administrativas para el intercambio; no satisfechos los diferentes países con estos métodos, han tenido que acudir a la contingentación y, tras ella, a las balanzas comerciales compensadas, que es el retorno al procedimiento primitivo del trueque de productos contra productos. Si este intervencionismo estatal hubiese engendrado en algún país el bienestar y el progreso, no habría